

Flor de otoño

Autumn Flower

Hanna Jarzabek ¹



Maite (75 años), es una de las protagonistas de mi foto-reportaje sobre las personas LGTB mayores. La conocí en las Jornadas de Asociaciones LGTB Cristianas, organizadas hace un par de años en Cataluña, a las que asistí para realizar otro proyecto. Durante una de las comidas, Maite y dos de sus amigas se sentaron a mi lado y así empezó un diálogo que continuó durante meses.

Me impresionaron estas tres mujercitas de más de 70 años, llenas de energía y de buen humor, ya que se notaba que tenían ganas de hacer muchas cosas y de disfrutar de la vida. Durante los días del encuentro hablamos un poco de todo: de la vida, la religión, el amor, el pasado y, sobre todo, nos reímos mucho. Una noche, fuimos al mar a dar un paseo con todos los participantes del encuentro. A la vuelta, yo iba con Maite y sus dos amigas, era ya plena noche y a la mañana siguiente tenía-

Para citar el artículo: JARZABEK, Hanna. Flor de otoño. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, agosto 2016, n. 208, páginas 175-178. ISSN 0212-7210.

¹ Fotógrafa.

mos que levantarnos temprano, pero ellas estaban llenas de ganas de quedarse, dar otra vuelta, disfrutar más. Finalmente, creo que fuimos unas de las últimas en volver al albergue.

Al día siguiente expliqué a Maite mi proyecto sobre las personas LGTB mayores y me dijo simplemente: "Ven a Madrid y ya veremos". Algunos meses más tarde cogía el autobús de Barcelona a Madrid, con la idea de quedarme en casa de Maite durante una semana.

Sabía que Maite vivía en un edificio de pisos para ancianos al que se mudó hace unos cuatro años, para estar cerca de su hija y ocuparse de sus nietas. Encontrarla allí, en este nuevo entorno, me hizo descubrir otra faceta de su vida. La Maite que yo conocía, con su gran sonrisa y llena de energía, se transformaba en otra persona en este edificio para ancianos.

Durante aquella visita pasamos mucho tiempo hablando en su casa. Maite me abrió las puertas a su vida y a su pasado sin esconder nada. Pero de cara a su entorno, vivía muy encerrada y aislada. De vez en cuando, en los pasillos del edificio, encontrábamos algún vecino al que Maite saludaba, pero por lo general, el intercambio no pasaba mucho de un simple "Hola, ¿cómo está?". El contraste con la persona que yo había conocido en el encuentro LGTB fue muy llamativo.

Durante mi estancia en aquel edificio, nunca nos sentamos a tomar un café, charlar o compartir comida con ningún vecino. Cuando encontrábamos a alguien en el ascensor o en el pasillo, Maite me presentaba siempre como una amiga que le hacía una visita. Un día le pregunté por qué no decía que yo era una fotógrafa que le estaba haciendo un reportaje. Después de un silencio me dijo, mirando a otro lado: "Aquí nadie sabe que soy lesbiana. Mejor no explicarles nada."

Yo sabía que Maite, hace apenas 10-15 años, había participado muy activamente en asociaciones LGTB y feministas y había vivido de manera abierta. En 2005, cuando en España se legalizó el matrimonio y la adopción homosexuales, participó incluso en un programa de televisión, "Espejo Público", contando su experiencia como madre lesbiana. ¿Cómo era posible que esa persona tan abierta y activa en el pasado evitase ahora el tema en su entorno más cercano?

Proseguí con mis preguntas y finalmente Maite me dijo: "Estos temas producen aquí un rechazo total. Para muchos somos como tigresas asalta-mujeres. A una vecina le tachan de 'lesbiana' solo por llevar pantalones. No tengo ni idea de si lo es o no. Pero ojalá esta mujer viniera un día a decirme: 'Maite, que soy así!'. ¡Qué alegría me daría! ¡Ya no me sentiría tan sola aquí!"

Después de mi estancia en Madrid, seguí manteniendo contacto con Maite y un día me llamó diciendo que se iba a reunir en Sitges con una pareja de amigas de Argentina, que pasaban sus vacaciones en Europa. Fui, con la idea de pasar el día con ellas. Cuando Maite me abrió la puerta, vi de nuevo a la persona que conocía de nuestro primer encuentro: la que llevaba

dentro el placer de vivir y la energía para hacer cosas, la que tenía siempre la sonrisa puesta y no paraba de bromear. Pasamos juntas el día entero, comiendo, paseando, riéndonos de todo. Por la noche fuimos a un bar a ver un espectáculo travesti. Maite bromeaba con la gente, miraba a las mujeres lanzando sonrisas seductoras, de nuevo llena de vida y energía.

Este día en Sitges mostraba con mayor claridad aún lo mucho que Maite se “auto-censuraba” en su casa de Madrid. La pregunta que yo me hacía era: ¿Cuántas personas se encuentran en la misma situación, sin que nadie se de cuenta?

Maite tiene 75 años. Desde pequeña sentía algo especial por algunas amigas, pero no sabía lo que era. Era rebelde, se subía a los árboles y a los tejados. Era una ‘machota’, como decía su madre. A los 18 decidió entrar en un convento y pasó en él más de 8 años. Aunque allí se sentía feliz, al mismo tiempo no conseguía luchar contra su naturaleza. Tenía fuertes dolores de cabeza, insomnios y se ponía agresiva. Iba a un psicólogo, pero realmente no le podía contar nada ya que nunca estaba a solas con él. El único a quien podía explicar más cosas era su confesor, quien la incitaba a dominarse y luchar contra el “pecado” que llevaba dentro. Finalmente el psicólogo le aconsejó que dejara el convento.

Tras salir, pasó por un período tumultuoso de experiencias bisexuales. Se quedó embarazada y arregló un matrimonio con un hombre, llegando a tener dos hijos. La relación fue mal. Durante años intentó ser la mujer y madre perfecta. Luchó consigo misma hasta que un día ya no pudo más. En las Navidades, con su hijo de 9 años y su hija de 8, se fue de casa en bicicleta. Cuando finalmente decidió desvelar su orientación a su familia, al contrario de lo que temía, recibió mucho apoyo y comprensión. Su madre le envió una carta en que le decía: ‘Papá y yo siempre hemos sabido que eras diferente’.

Maite se enamoró de Rosa a primera vista. Ella tenía hijos también, y juntas formaron una gran familia. Fueron muy felices durante 14 años. En público se hacían pasar por primas. Las dos eran cuidadoras y tenían por su trabajo. En el barrio la gente se daba cuenta. A veces llamaban por teléfono y gritaban: ‘¡Tortillera, asquerosa, lesbiana!’. Maite y Rosa intentaban no darle importancia, sabiendo que como ellas había muchas otras.

Hoy muchas de estas mujeres siguen tratando de pasar desapercibidas. La invisibilidad les da libertad pero, por otro lado, en muchas ocasiones no pueden compartir sus vivencias. Hoy, cada vez que miro esta foto pienso en todas estas personas que se “apagan” por falta de apoyo y de seguridad emocional. Su realidad no es radicalmente diferente de la de cualquier otra persona de edad avanzada, pero en muchas ocasiones sus problemas se manifiestan con más intensidad. En general viven solos, e incluso si tienen pareja, en su juventud no pudieron formar familia o tuvieron conflictos con ella.

Acercándose a la vejez, algunos “vuelven al armario”, sobre todo si deben entrar en una residencia para ancianos donde se apagan poco a poco, guardando sus intimidades en sus adentros y volviendo a las estrategias de funcionamiento que tuvieron que desarrollar cuando eran jóvenes.